**El mar y la llanura**

Sylvia Iparraguirre (de *La Tierra del Fuego*, 1998)

Lobos, 1865

Hoy, en medio de esta nada, sucedió un hecho extraordinario. Tan de tarde en tarde la llanura rompe su monotonía interminable que cuando el punto vacilante en el horizonte creció y fue un jinete, y cuando pudo deducirse que su dirección era la de estas pobres casas, ya la impaciencia nos mandaba esperarlo. Si es que puede llamarse impaciencia el mirar silencioso y obstinado clavado en el horizonte. Cierto que era un hecho inusual, pero su verdadera dimensión, la dimensión que horas después cobraría para mí, no podía siquiera sospecharla cuando desde mi casa, apartada una legua de las otras, lo veía venir, recto, hacia nosotros. Digo nosotros pensando en el puñado de vecinos dispersos que forma lo que llamamos el caserío de Lobos. A unas doscientas varas lo vi cambiar el rumbo hacia el oeste; pude distinguir su perfil y el pelo alazán del caballo. Era mediodía. Ya en el almacén, me dijeron, el hombre preguntó por mí. Le acercaron algo de comer y de tomar mientras mandaban a buscarme.

Una carta a mi nombre en el correo del sur que pocas veces, por no decir ninguna, se desvía hasta aquí. El peoncito que me mandaron agregó, sin bajarse del caballo, lo que le habían dicho que dijera: que sólo en mano me sería entregada.

Observé al hombre antes de entrar. Parecía locuaz. Traía noticias de la guerra con el Paraguay que imaginé a medias ciertas a medias inventadas, relato que los presentes asimilaban sin pronunciar palabra pero llenándole cada tanto el vaso de ginebra, como una indirecta señal de que les gustaba oír. Pronto notaron mi presencia. El hombre se puso de pie y se limpió la boca con el revés de la mano:

—¿Usted es el mayor inglés?

Antes de que pudiera contestar, el hombre viejo, arrinconado como siempre en el fondo del almacén, dijo:

—No. El mayor era el padre, el gringo. Éste es el amigo Guevara, nomás.

El apellido inglés de mi padre —Mallory— había terminado siendo, en la pronunciación común argentina, primero máyori, y después, curiosamente, mayor, un grado del ejército, pero no dije nada.

La gente de aquí es parca y desconoce la curiosidad; sin embargo, para mis vecinos iletrados, la carta —todo el gesto del hombre, un tanto solemne, de buscar en la alforja y extraer estos papeles amarillentos, sobados y sellados; de mirarme como si debiera constatar un vínculo entre mi cara y lo que me daba, o como si por mi misma inexpresividad, supongo, desconfiara de que fuera yo el destinatario—, la entrega de la carta tuvo algo misterioso. Los presentes miraron el pliego lacrado con desconfianza analfabeta, como se mira un objeto capaz de desencadenar acontecimientos imprevisibles.

Ahora puedo asegurar que la carta, el hombre que apareció y desapareció en la llanura y lo que acabo de relatar comienzan, para ellos, a pasar insensiblemente al olvido. Aquí, en Lobos, la monotonía de los días es como un río poderoso y lento que desgasta los hechos hasta reducirlos a una piedra pulida, más tarde a un grano de arena, después a nada. Para mí, sin embargo, se cumplió el designio sospechado por mis vecinos, y la carta operó, en efecto, un cambio imprevisible. Como prueba de esa mutación señalo un hecho por completo ajeno al orden natural de mis días y que sucede ahora bajo mis ojos, sobre esta mesa: el acto o la determinación de escribir.

Cuando el mensajero se marchó y fue tragado nuevamente por la llanura, volví a mi casa al galope, rompí los sellos y los lacres y leí las palabras escritas del otro lado del océano. Leí y volví a leer la carta, una y otra vez. A la tarde, alcé la pipa y el tabaco y dejé la casa. Caminé metiéndome en la llanura donde lo que manda es la comba del cielo, que lo aplasta a uno. Arriba, el cielo de un azul purísimo; abajo, la llanura como un círculo plano. Mi perro Ayax es mi único testigo. El viento barre la tierra seca. Una bandada de biguás corta el aire en lo alto. Volví y me encerré en la casa. Leí otra vez lo que ahora traduzco:… siendo usted un testigo privilegiado y directo de los hechos, desearíamos que realizara una noticia completa de aquel viaje y del posterior destino del desdichado indígena que participó liderando la matanza por la que ha sido juzgado en las Islas.

La carta generaba en mí un malestar creciente. ¿Cuál era la versión requerida del «desdichado indígena», de aquel hombre llamado Jemmy Button por los ingleses pero cuyo verdadero nombre, su nombre yámana, casi nadie supo? ¿El indio de galera y pómulos relucientes bajo la galera, vestido de levita, especie de cochero achaparrado y grotesco, un Button sumiso y sonriente echando monedas al aire sobre los mugrientos adoquines de Londres? ¿O el salvaje del Cabo de Hornos, desnudo bajo la llovizna helada, con su cuerpo pestilente de grasa de foca, la crencha informe y la cara embadurnada de negro? O, por fin, el hombre avejentado y sereno que volví a ver años después en el banco de los acusados, en el juicio en las Islas, cuyos ojos impávidos en las hundidas cuencas miraron por última vez a los blancos, a los hombres venidos del este. Había sido sí un curioso destino el de Jemmy Button desde que el Capitán lo tomó como rehén a cambio de unos botones de nácar, pero no había habido «posterior destino» para el «desdichado indígena».

Pero sobre todo o antes que nada, la carta me planteaba otras preguntas. ¿Cómo habían dado conmigo?, y, aceptando el hecho de que habían sabido cómo encontrarme, ¿por qué la carta había demorado casi seis meses en llegar cuando lo natural hubiera sido, a lo sumo, dos? No había sido violada; era yo el primero en conocer su contenido. Descartada esta posibilidad, imaginé el itinerario: Liverpool o Plymouth, el Cabo Verde, posiblemente las Azores, el Brasil, el puerto de Montevideo, Buenos Aires. En algún punto de la previsible ruta había intervenido el azar. El azar y la monotonía son las dos constantes del océano.

(…)

Por muchos años he vivido en los hechos, dentro de la Historia. Ahora estoy al margen y puedo descifrar los acontecimientos del pasado como se descifra una escritura. No defiendo ninguna posición, mis compatriotas me dan literalmente la espalda, embarcados en una guerra que no me atañe y que condeno. Nadie mira al sur. En este sentido me siento solo y extranjero. Felizmente no soy un hombre público. No tengo que justificar mis acciones por escrito. Mi vida me pertenece y concierne únicamente a mí y esto es tan cierto que nadie parece notar mi existencia. ¿Cuáles son entonces los hechos en los que participé y que el transcurso de los años hace dignos de contarse? La expedición del Capitán destinada a reconocer y relevar las costas de la Patagonia en el año 1829. Como usted sabe, no era éste su propósito único. Hay dos modos de ver esta empresa, a mi modesto entender: una, la del progreso civilizador, posesión de los hombres que hacen la historia. En este caso, el fin justifica los medios ya que se trata de llevar la luz de la ilustración a tierras y seres hundidos en la oscuridad. El fin es noble; en consecuencia, los medios pueden no serlo.

Otra lectura es contraria a la supuesta filantropía de los hombres venidos del este —así los llamaban los habitantes de Tierra del Fuego, así los llamaba Button—; bajo esta manera de ver los hechos, esa supuesta razón civilizadora se transmuta en otra especie de barbarie, más refinada que la barbarie que combate, más taimada. El único lema de este comportamiento puede formularse así: “Todo lo que convenga a los fines, sí; lo que no convenga a los fines debe ser transformado, reducido o eliminado”. *Los fines* debe leerse como *nuestros* fines. Éste ha sido uno de mis motivos de reflexión.

Otro completamente distinto es que, estimulado por la carta, la memoria parece juntar o superponer, para traerlos al presente, hechos distantes entre sí o de diferente naturaleza. Sobre lo que se me pide que relate pesa no sólo lo que vi y viví sino lo que leí o me contaron. Acuden interminables noches marineras plenas de viejas historias de naufragios con las que, al mismo tiempo que se sostenía una tradición, se sembraba de terrores el alma del grumete, tal vez preparándolo para lo que le tocara vivir. Historias remotas de españoles u holandeses ya tejidas en la leyenda, o historias recientes, indudables en la precisión de detalles, o sucesos concretos como el encuentro con el libro de Melville aquel crudo invierno que nos retuvo en el puerto de Nueva York, el invierno de 1853. Deambulando por la ciudad, di con una librería, y en la librería con el libro que me acompaña desde entonces. Sentado en una fonda de los alrededores del puerto, donde algunos compañeros y yo habíamos llevado nuestras cosas hasta que el temporal de nieve amainase, a la luz ya gris de las tres de la tarde, hasta tal punto macilenta, que debí pedir una lámpara, abrí el libro y no pude volver a cerrarlo hasta cuatro días después, cuando pasé la última hoja. Me acompañaba la visión el cuadro que el autor pone en la taberna de New Bedford, detrás del mostrador, oscurecido por el tiempo y el humo, el cuadro no dejaba de atemorizar a quien lo viera. Una ballena, con la ilimitada furia de su poder, atacaba entre los hielos y en medio de olas gigantescas a un barco a punto de ser destrozado y arrastrado al fondo del abismo oceánico. Y eso era el Cabo de Hornos, la escena del cuadro relatada en el libro sucedía donde yo había estado innumerables veces, recorriendo islas entre la bruma helada, donde un día el Capitán había tomado a Button como rehén, dio como pago un botón y lo subió a cubierta.

Buenos Aires, 1806

Decir quién soy supone hablar del mar. Muchos años antes de ver el mar supe que estaba en mi destino, como estaba en el destino del protagonista del libro con el que William Scott Mallory, mi padre, me enseñó a leer. El mar, su voz y el idioma inglés se juntan indiscerniblemente en los primeros años de mi vida. De mi vida, diré, mental. En mi primer arraigo, en la comida, en el viento, en los caballos y en la llanura están mi madre, Lucía de Guevara, y la lengua española.

Como sea, he estado dilatando el momento de escribir mi nombre. Mi nombre es un híbrido. No puedo dejar de sentir la violencia que su introducción ejercerá sobre lo escrito.

Mi apellido es el materno: Guevara. Los nombres de pila corrieron a cargo de mi padre: John William, que él simplificaba en Jack. Es curiosa, lo admito, la insistencia de mi padre en que mis nombres fueran ingleses mientras que no le importó que mi apellido quedara a cargo de mi madre, con la que nunca se casó. Considero ese hecho otro indicio de su esencial desarraigo, de su enigmática vocación de no pertenecer a ningún lugar, de no dejar ni heredero ni apellido.

(…)

Al cuarto día, el Capitán volvió a buscar a los yámanas. Envió a Fuegia y a York al campo, a una granja donde recibirían educación en inglés y los rudimentos básicos de algunos oficios. Button quedaría conmigo en Londres por unas semanas, luego sería llevado también a la granja-escuela. Esa separación no causó problemas; se había puesto en evidencia la protección que York ejercía sobre Fuegia.

Él está esperando que crezca —me explicó Button.

El Capitán le compró a Jemmy ropa nueva, le hizo cortar el pelo y calzar botas. Hasta le regaló un sombrero. Con gran esfuerzo, Button se había sobrepuesto a la primera semana en Inglaterra y de a poco volvía a mostrarse interesado y curioso. El frío del invierno contribuía a esta disposición. Salíamos los tres en el carruaje del Capitán. Al principio quiso ir junto al cochero, que le pasaba de vez en cuando las riendas. Había recuperado su asombrosa capacidad mimética y nada corporal le resultaba difícil de aprender. Otra cosa distinta era el sentido de ciertas acciones en las que, irremediablemente se perdía. Button, con sus preguntas desconcertantes, ponía en evidencia las confusas relaciones que para los blancos constituían la normalidad. La inconsecuencia lo confundía. Que se hablara por hablar o se aseguraran cosas que luego no corroboraban los hechos lo desconcertaba. Que debajo de los hechos hubiera intenciones que los hechos ocultaban lo decepcionaba y confundía. Pero, como le gustaba repetir al Capitán, era muy inteligente y se adaptó.

Una tarde, el Capitán pasó largo rato mostrándole billetes y monedas.

—Dinero —decía, separando monedas de diferentes valores—. Dinero para trueque, para comprar.

Yo había tomado una gorra que cambiaba al Capitán por una moneda. El Capitán me devolvía monedas pequeñas. Esta mímica era seguida con toda seriedad y concentración por Button, quien, sin embargo, en un momento, me miró interrogativamente a los ojos para después volver a mirar con interés al Capitán. Button asentía, pedía la moneda y repetía conmigo la operación. El acto de intercambio lo comprendía mucho antes de que termináramos nuestros pomposos ademanes. Otra cosa era el poder abstracto del dinero: la idea de su posesión por sí misma pertenecía a un universo de valores inmateriales, de influencia misteriosa, que Button jamás pudo asimilar. O de alguna manera sí, como lo prueba lo siguiente.

Caminábamos por las atestadas calles cercanas al puerto. El Capitán le había regalado unas cuantas monedas que colocó en su bolsillo. Eran a título de prueba, para ver si se le ocurría comprar algo. Button las sacó del bolsillo y se entretenía en lustrarlas contra su chaqueta y en arrojarlas al aire y volverlas a atrapar, como había visto que hacía yo. Una se le escapó y salió rodando por los adoquines; en el acto, una turba de chicos harapientos se levantó de los portales y se arrojó sobre la moneda. Esto lo dejó atónito y maravillado. Entre gritos, las caras flacas y sucias se volvieron hacia nosotros esperando más. Con auténtico regocijo, él arrojó una segunda moneda al aire, lo que produjo un escándalo. Button se reía junto a aquellas criaturas que ahora lo rodeaban y le tironeaban la ropa. Cuando vi que su intención era tirar a la calle todo lo que tenía, le sujeté el brazo, pero él se soltó sin violencia.

—Muy divertido, Jack —decía riéndose—. ¡Muy divertido!

Así perdió Button el único dinero que poseyó nunca, pero adquirió una experiencia extraordinaria: alcanzó a concebir la idea abstracta del poder que otorga la riqueza. De allí en adelante, para lo único que pedía monedas era para tirarlas en la calle. Para un yámana, la idea de comprar un objeto o alimento era inconcebible; en el Cabo de Hornos cada uno obtiene lo que necesita y lo demás es de todos, pero esto, como muchas otras cosas, nadie se había preocupado por averiguarlo.

(…)

A fines de 1856, pocos meses antes de volver definitivamente a mi patria, pasé por última vez por el Cabo de Hornos. En aquellos años navegaba en un barco holandés y le había contado al capitán la historia de Button. Esa vez, mis conocimientos de la zona fueron de mucha ayuda para el piloto y me permitieron pedirle al capitán lo que quería: tratar de encontrarlo, buscarlo entre el laberinto de islas y canales de su país. Averiguar si aún vivía. Era la primera vez que esos holandeses navegaban por el archipiélago, y las leyendas de horror que se contaban sobre sus habitantes y que recorrían los puertos de Europa no los predisponían a quedarse por allí más que lo estrictamente necesario. Estábamos detenidos por una niebla espesa. Pedí que me permitiera usar un bote y bajar a tierra. Esto parecía una locura y, en parte, no dejaba de serlo. Yo era consciente de esa última oportunidad, mi último paso por el país de Button. No pedí a nadie que me acompañara, tampoco nadie se ofreció. Llevaba una bolsa con regalos para Jemmy y su familia, en el improbable caso de que los encontrara.

Finalmente bajé y comencé a remar. Estábamos cerca del estrecho Murray, en la desembocadura del fiordo Ponsonby, en el centro del país de Button. Era un lugar que yo recordaba muy bien. No obstante, la niebla lo volvía fantasmagórico, espectral y, para mi inquietud, desconocido. Habían desaparecido las montañas, las laderas, toda referencia se esfumaba en una claridad lechosa que envolvía en ráfagas y remolinos todo lo existente.

Empecé a pensar que aquello había sido un verdadero desatino cuando por babor, como un extraño fantasma, se me vino encima un pequeño témpano de forma tan caprichosa que me sobresaltó. Quedé un momento paralizado. Subí los remos y me puse de pie.

—¡Jemmy Button!

El grito se perdió en la niebla, a lo lejos hubo un débil eco. Seguí remando lentamente. Oía aleteos, rumores acuáticos. Volví a gritar una o dos veces. Giré el bote dispuesto a desandar el camino y volver al barco, pero ya no vi el farol que me habían dejado en el palo mayor. No distinguía nada salvo mis rodillas. Hacia adelante perdía la proa del bote en la nube espesa de la niebla. Creí distinguir una pared blanca. Pasé por unos segundos de pánico.

—¡Ja-mus Button, aquí!

Frente de mí, como surgiendo de la nada, aparecía la proa negra de una canoa. Alguien se puso de pie:

—Button, aquí.

Me hizo señas de que siguiera su canoa. Venía con una mujer joven, un niño pequeño de unos tres años y un perro. Poco después, saltábamos a la playa y arrastrábamos los botes sobre los guijarros. Le di un largo abrazo que él recibió envarado. Su aspecto era lamentable, a pesar de lo cual no dejaba de ser imponente. Muy lejos había quedado el muchacho de dieciocho años maravillado por un par de guantes; ahora era un hombre corpulento de mediana edad, igual que yo. Un hombre que me miraba en silencio. Levantó una mano y me tocó el brazo.

—Jack.

—Amigo —dije.

—Si, Jack amigo —repitió Jemmy con dificultad y pareció distenderse—. Muchos años.

Enseguida se puso en actividad. No sé como en medio de la niebla había reunido unas ramas y mandó a su mujer que trajera el rescoldo de la canoa. En un momento, el fuego nos iluminó y abrigó. La mujer se sentó tímidamente con el niño entre las rodillas y el perro a su lado, un poco apartada de nosotros. Jemmy se agachó cerca de las llamas a las que seguía alimentando. Yo hice lo mismo. Antes fui hasta el bote a buscar la bolsa.

—Para Button y su familia —dije.

La mujer y el niño miraron ávidamente la bolsa pero no se movieron hasta que Button les hizo un ademán. Entre exclamaciones de curiosidad y admiración, la mujer iba descubriendo el contenido de jarros, ollas, sogas, cuchillos. Había también tasajo de carne y galletas que el niño y la mujer comieron en el acto. Button no comió. Me señaló al chico:

—Koko-Shei —dijo.

También había un par de guantes. Jemmy inspeccionó todo y lo volvió a poner en la bolsa. Alrededor del fuego, envueltos en una niebla blanca que deformaba singularmente los sonidos, parecíamos los únicos sobrevivientes de un mundo acabado. No era así; desde algún lugar o desde varios, éramos vigilados por los compatriotas de Button, igual que el barco.

Por un momento me olvidé de todo. Lentamente, la antigua fraternidad se abrió paso y se instaló, como el fuego, entre nosotros. Él no parecía sorprendido por nuestro encuentro. Cuando se lo hice notar, me respondió que ya lo había visto en un sueño, mi vuelta y el encuentro, como hacía años había visto la muerte de su padre, en Inglaterra.

—Vi en un sueño que Jack venía —dijo a los demás.

La confirmación del sueño era algo natural. Nuestro encuentro, por lo tanto, no era fortuito. El barco había sido observado desde el mismo momento en que el bauprés asomó por la boca occidental del canal de Beagle. Jemmy estaba contento de mi actitud, de que lo hubiera buscado, pero ya estaba previsto que nos encontraríamos. Recuperé la sensación de que la lógica de Button era la más fuerte; al menos allí lo era y yo también acepté que aquel encuentro ya estaba decidido.

—Blancos muy malos, Jack.

Buscando las palabras de una lengua que acudía de a poco a su mente y a su garganta, en un inglés gutural, Button me contó lo que había pasado con su clan.

El año anterior había sido de desgracias. Un invierno feroz trajo el hambre de una manera como hacía mucho tiempo no se padecía en las islas. Una de sus mujeres, o su mujer anterior, no entendí bien, había sido violada y asesinada por loberos, precisamente por arriesgarse demasiado en busca de comida: la habían subido a la rastra a un bote, después al barco, y al día siguiente la habían arrojado al mar; había luchado como un hombre; pero los loberos eran cinco y con armas de fuego; los ingleses habían armado un campamento en la isla Keppel, en Malvinas. Los llevaban, los tenían unos meses y los volvían a traer a Tierra del Fuego. Nadie quería ir. Lo hacían para mantener un equilibrio, para no “enojar a los blancos”. Un grupo de hombres yámanas se había puesto furioso porque pretendían que les dejaran a los niños pequeños en la Misión, incluso, los primeros de estos ingleses, llamados misioneros, que llegaron, habían querido “cazar” algunos niños persiguiendo las canoas de las mujeres. Allá, en Keppel, los ingleses los llamaban ladrones.

Button desgranaba su letanía mirando al fuego, impasible. Sí, los yámanas habían matado a unos náufragos, cuando veían un barco o bote hacían gestos de que los matarían y los comerían en trozos. Era la única manera de atemorizar a los violadores, a los matadores de animales, de mantenerlos alejados. Los foqueros habían exterminado enormes cantidades de animales; ya no quedaban, no alcanzaban a criarse. La gente debía buscar el sustento lejos de la costa, en los bosques.

Para arrancarlo de tantas desgracias, le dije que tenía un hermoso hijo. El bienestar de la comida lo había dejado profundamente dormido, enroscado contra el perro que lo abrigaba, cerca del fuego. La mujer, mientras tanto, había ido un par de veces a vigilar la canoa y volvía, silenciosa, a seguir con curiosidad nuestra conversación. Le pregunté por el resto de su familia. Button estaba orgulloso: uno de sus hijos, de unos doce años, iba a pasar por la gran ceremonia en el gran wigwan en muy pocos días; el lugar era secreto. Una isla que sólo los yámanas conocían.

—Las enseñanzas, Jack —dijo con orgullo Button, cerrando un círculo que se abrió en un vertiginoso túnel del tiempo hacia un momento del pasado donde restaba algo que yo no había comprendido del todo. Asentí.

—Las enseñanzas.

Poco después, seguía su canoa en la niebla deslizándonos sin ruido por un mundo mudo y blanco, de sueño. El barco estaba más cerca de lo que suponía. Cuando tiraron la escala, me tendió la mano.

Las siluetas apenas delineadas por el rescoldo y la carita de Koko-Shei iluminada fueron lo último que vi antes de que desaparecieran sin una voz, sin un susurro en aun agujero de niebla y oscuridad. Button no tenía ningún interés en conocer a los holandeses. Odiaba a los blancos.